

¿ENSAYO O ERROR?: ANTOLOGÍA DEL PENSAMIENTO Y DEL DISPARATE A LO LARGO DEL 2008

Enrique Santos Unamuno
Universidad de Extremadura

1. DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE ENSAYO

Más allá de disquisiciones académicas, la vulgata teórica lleva siglos rentabilizando un sistema tripartito de los géneros (narrativa, lírica, drama) que aún estructura a día de hoy numerosas panorámicas literarias de base anual como la presente. Aun sin entrar en la espinosa cuestión de los géneros teatrales, el encanto se rompe, no obstante, cuando se trata de encajar en ese triángulo en apariencia bien avenido una cuarta categoría de textos marcados por un cariz sobremanera heterogéneo, entre lo ficcional y lo factual, la *estética* y la ciencia, la voluntad de estilo y la divulgación, lo fragmentario y lo argumentativo. La teoría de la literatura más proclive a la especulación tipológica lleva más de un siglo tratando de dar forma a ese cajón de sastre digno de la teología negativa neoplatónica y dionisiaca. Como consecuencia de ello, el enmarañado archipiélago textual no conmensurable con la tripleta goethiana de las *formas naturales* ha cristalizado en una cuarta especie *didáctica* (siguiendo la estela trazada por Diomedes ya en el siglo IV) o *ensayística*, denominaciones que suscitan múltiples problemas y encierran ya en sí mismas el germen disolvente de lo histórico respecto a lo teórico.

Por su parte, las burocracias estatales, más pragmáticas, menos empeñadas en plantear un problema para cada solución, han resuelto la ecuación eliminando el *nombre*, con la consiguiente desaparición de la *cosa*. En efecto, según los datos del Ministerio de Cultura, en 2008 se inscribieron en España 104.223 ISBNs, de los que 82.403 correspondieron a primeras ediciones en soporte papel. La clasificación temática no contempla en ningún caso el poco denotativo marbete *ensayo*, en beneficio de nichos comerciales como *infantil y juvenil, libros de texto, tiempo li-*

bre, creación literaria, ciencias sociales y humanidades o ciencia y tecnología, donde las tres últimas categorías parecen tener más posibilidades de albergar una eventual producción ensayística, a falta de datos más fehacientes. Aún menor poder heurístico encierra la división por materias (un total de veinticinco), siendo que la variedad temática constituye uno de los mantras de las múltiples definiciones del género *ensayo*, con la consiguiente dilución del mismo en etiquetas como *Geografía y viajes, Filosofía-Psicología, Música-Espectáculo-Teatro-Cine, Lingüística-Filología* o incluso *Generalidades*.

De todo ello se deducen para nosotros al menos dos consecuencias inmediatas e importantes en lo que ha de seguir:

1) la obvia imposibilidad de dar cumplida cuenta de tan ingente producción y la consiguiente necesidad de aplicar criterios selectivos que, no nos engañemos, llevan implícitas decisiones sistémicas y políticas relativas a autores, temas o editoriales, entre otras. A ese respecto, es preciso señalar que hemos tratado de tener en cuenta criterios de difusión y representatividad sin dejar por ello de dar espacio a algunos de esos llamados libros invisibles, huérfanos de la poderosa maquinaria de editoriales, premios y revistas de peso. Las siguientes páginas presentan, así pues, una lectura parcial y subjetiva de un panorama editorial que postulan y describen a un tiempo.

2) el cariz fantasmático de la propia idea de *ensayo*, a todas luces refractario a una definición teórica y más susceptible de ser encarado, a nuestro juicio, partiendo de una doble perspectiva.

En primer lugar, desde un punto de vista interno, el ensayo cuenta con una tradición metatextual frondosa, forjada sobre todo a lo largo del siglo XX. En efecto, abundaron en esta centuria las reflexiones ensayísticas sobre el ensayo, no siempre convergentes, lo que nos llevaría a una situación de perplejidad muy similar a la suscitada en su día por la resbaladiza definición de *poesía* posterior a la irrupción del verso libre y del poema en prosa (géneros, no lo olvidemos, de indudable raigambre moderna, al igual que el ensayo). Si Umberto Eco llegó a ver la esencia del verso en la mera voluntad de serlo, no parece abusivo concluir asimismo que no es ensayista quien puede sino quien quiere y decide a un tiempo situarse en la senda de una tradición proteica y muy diversificada, a veces para combatirla o transformarla. Por otra parte, sin abandonar el enfoque interno, el ensayo puede considerarse, a día de hoy, sobre todo un *género editorial*. En otras palabras, es el propio sector industrial de la edición quien orienta el horizonte de expectativas de los lectores al incluir ciertos textos (y autores), más allá de sus características estructurales o formales y de preferencias temáticas o estilísticas, en diferentes secciones o colecciones, o al tomar las decisiones estratégicas relativas a la distribución y promoción del producto editorial. La clave, así pues, se halla muchas veces más en los aspectos paratextuales y pragmáticos que en los puramente textuales. Llegados a este punto, lo interesante para el observador no es

tanto decidir qué textos se adaptan o no a la categoría teórica o qué rasgos formales los singularizan, sino cómo se configura y diversifica ese *totum revolutum* genológico en sistemas culturales concretos, dependiendo de factores sincrónicos y diacrónicos, políticos y sociales, lingüísticos y geográficos, temáticos y formales. Nuestra selección, distribución temático/formal y más que somero análisis de una serie de textos que no hallan acomodo fácil en ninguna de las tres categorías genológicas tradicionales referidas a la literatura y que por tanto podemos considerar ensayísticos, permite configurar una interpretación parcial (una de las muchas posibles) acerca de la realidad cultural (y editorial) de un campo (in)determinado: la *literatura de pensamiento* española durante el año 2008. A esa lógica pertenecen los diferentes epígrafes que estructuran nuestra propuesta. En otras palabras, y a propósito de los ya mencionados sistemas y campos culturales: por sus ensayos los conoceréis.

Desembocamos así en la segunda perspectiva a la hora de enfocar el ensayo como objeto. En efecto, desde un punto de vista externo, el ensayo aparece como un género indisolublemente ligado a las modernidades occidentales (pues hay varias, no todas simultáneas ni homogéneas) en cuanto constructos socioculturales y a la *crítica* como institución reguladora de ciertos discursos sociales. Más allá de los orígenes occidentales del ensayo, rastreables en figuras como Michel de Montaigne o Francis Bacon, su hábitat privilegiado puede identificarse con esa *esfera pública* postulada por Jürgen Habermas y que en el análisis ya clásico de Terry Eagleton, referido a la crítica inglesa del siglo XVIII, se halla suspendida entre el Estado y la sociedad civil, compuesta por diferentes instituciones sociales en las que individuos particulares se asocian para realizar un intercambio libre e igualitario de discursos razonables, formando un cuerpo relativamente coherente cuyas deliberaciones pueden transformarse en poderosa fuerza política. El progresivo deterioro de esa utopía (donde tampoco era oro todo lo que relucía) correrá paralelo a la instauración de la economía de mercado *también* en los productos culturales y al creciente alejamiento entre los *artistas* y el público, hasta llegar hoy en día (Eagleton escribía a mediados de los años 80, pero su análisis sigue siendo válido) a una situación en la que la crítica (vale decir, el ensayo) se presenta como un elemento más en la división de relaciones públicas de la industria literaria o, en su defecto, como una práctica propia de la esfera académica (con la ironía añadida de que ambas funciones son desempeñadas muchas veces y cada vez más por los mismos operadores, acogidos a un paradójico pluriempleo, el último estadio de la disolución de lo público en lo mercantil). Para comprender de forma cumplida cómo ha podido llegarse a semejante esquizofrenia cultural, urge remontarse aquí al *dictum* kantiano que a siglo XVIII casi concluido separó para siempre las esferas de la moral, la ciencia y la estética, lanzándole a esta última (y, por ende, a la literatura) el caramelo envenenado de una hierática autonomía que a la postre la confinó en el desván de los trastos inútiles. Consecuencia póstuma e

inevitable, por lo demás, de la secular *Querelle des Anciens et des Modernes*, donde los segundos ganaron a los puntos, dejando expedito el camino a la mitología de la perfectibilidad indefinida y el Progreso, con el consiguiente varapalo para la cultura humanística. A partir de ahí, Ciencia y Arte dividieron sus caminos y sus temporalidades, dejando en mantillas a las nacientes disciplinas modernas de lo humano, que oscilarán entre dos extremos posibles: aceptar gozosas la sentencia de Kant (las humanidades más subjetivistas se transformarán así en una suerte de religión o arte *sobre* el arte) o enmendarle la plana al solitario de Königsberg (concibiendo la posibilidad de una ciencia objetiva y positiva acerca de los seres humanos y sus creaciones, con la historia y la sociología como puntas de lanza). La crónica de las múltiples posiciones intermedias entre ambos polos (en otras palabras, la historia de la epistemología de las ciencias humanas y sociales) excede el aliento de estas páginas y las capacidades de quien escribe, pero tendría sin duda su correlato en las diferentes prácticas del discurso ensayístico imputables a cada caso, desde el fragmentarismo heredero de la tradición aforística y de la *Symphilosophie* del círculo de Jena hasta el tratado científico.

Las vicisitudes de la moderna teoría de los géneros en torno a dicho discurso y su contrapartida genológica reflejan bien tales ambigüedades. No en vano, Pedro Aullón de Haro, uno de los autores que en ámbito hispánico ha reflexionado más y mejor acerca del género que nos ocupa, no sólo identifica el ensayo con la modernidad y con la crítica, sino que lo define como el modo más característico de la reflexión moderna y lo relaciona asimismo con la utopía romántica de la integración de contrarios. Lo que este autor denomina *sistema global de los géneros* podría representarse como un triángulo cuyos tres vértices serían ocupados respectivamente por los *géneros científicos*, los *géneros poéticos (o artístico-literarios)* y los *géneros ensayísticos*. Las dos últimas categorías darían forma a la *Literatura*, si bien los *géneros ensayísticos* se caracterizarían a su vez por ser una extensa producción textual altamente elaborada *no* artística *ni* científica (de nuevo la sombra de la teología negativa), subdivisible a su vez en géneros ensayísticos *de aproximación científica* (discurso, artículo, panfleto, estudio, tratado...) y géneros ensayísticos *de aproximación artística* (biografía, memorias, diario, utopía, aforismos, libro de viajes...). Por si fuera poco, el género *ensayo*, definido como *el más puro género impuro*, pasa a ocupar el centro de *todo* el sistema global de los géneros, en una suerte de epifanía cuasitaoísta donde el todo y la nada caminan de la mano.

Qué duda cabe de que esta ceremonia de la confusión y la ambigüedad en torno al estatus de los géneros ensayísticos propios de los saberes humanos y sociales sigue vigente a día de hoy y llega a constituir su más íntimo ser teórico. De ello dan buena cuenta precisamente algunos títulos aparecidos en 2008. Es el caso, por ejemplo, de *El arte de ensayar. Pensadores imprescindibles del siglo XX* (Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg), firmado por el prolífico filósofo y

publicista vasco Fernando Savater. En realidad, el libro recoge los breves textos introductorios a los veinticuatro volúmenes de la colección *Ensayo contemporáneo* (al cuidado de Savater), una de las que componían la *Biblioteca Universal del Círculo de Lectores*. A dichos textos se suma otro a modo de preliminar titulado «El ensayo como género», así como los dos prólogos de la colección firmados por el propio autor, los referidos a Miguel de Unamuno y Bertrand Russell. Es muy significativo que en la previa «Nota de los editores» se haga ya hincapié en el carácter caprichoso y aventurero consustancial a los criterios de selección propios de una biblioteca de ensayo, aquejada por definición de males tan corrosivos como la amplitud y la imprecisión. Ese mismo pecado original le servirá al propio Savater para ir sembrando en cada una de las justificaciones de los diferentes volúmenes una teoría en píldoras del ensayo (la misma que, a la postre, da unidad al volumen y lo justifica a su vez como iniciativa editorial). En efecto, si la brevedad de los textos impide ir, en lo tocante a los autores y ensayos seleccionados, más allá de unas fugaces pinceladas, el verdadero hilo rojo del libro lo constituyen los criterios de elección enunciados por Savater para legitimar su pléthora de ensayistas del siglo XX y presentarlos como piezas necesarias a la hora de construir un paradigma del género. Una serie de rasgos propios del ensayo ya enumerados en el texto preliminar y que se irán encarnando en los diferentes autores incluidos en la colección: carácter inacabado y experimental (Rudolf Otto, Max Weber, Ortega y Gasset, Raymond Aron, Isaiah Berlin) escepticismo y libertad disciplinar (Unamuno), acusada presencia del sujeto emisor (Leo Strauss, Yukio Mishima), persuasión evocadora (Freud), escritura ya tersa (Bertrand Russell) ya brumosa (María Zambrano), reflexión metagenérica (György Lukács), carácter científico tentativo (Benjamin Lee Whorf), capacidad de sugestión (Elias Canetti, Jacques Monod) o vocación de síntesis (Hanna Arendt). No parece descabellado pensar que Savater trata así de huir de la quimérica categoría del ensayo *puro* (de *aproximación artística*, diríamos con Aullón) en beneficio de un ensayo *de aproximación científica*, una especie de tratado académico obra de sabios heréticos instalados en el presente que no renuncian a las dosis de ensayismo necesarias para entrar en el mercado del *best seller de calidad*. Tras una labor de autopromoción tan silente como astuta, el autor vasco se perfila así como inevitable eslabón final de esa cadena de ensayistas eximios presentes en la biblioteca por él mismo pergeñada.

Referencias en parte coincidentes, si bien encaradas con muy otro talante y en un contexto geográfico, cultural y cronológico divergente, podemos hallar asimismo en *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo* (Madrid, Veintisiete Letras), del ya fallecido (en 1991) escritor chileno Martín Cerda, un ensayista, éste sí, *puro*, que no en vano ha sido definido como una suerte de Walter Benjamin criollo y en cuya obra el magisterio orteguiano es visible a todas luces. La labor de recuperación y difusión en Chile por parte de Alfonso Calderón (entre

otros) de lo que el propio autor llamaba su *papelería dispersa* (sólo público dos libros en vida, uno de ellos el que nos ocupa) ha tenido su beneficioso corolario en 2008 con la publicación en España (con prólogo de Andrés Fisher) de un volumen aparecido por primera vez en 1982 y merecedor a la sazón de varios premios. Autor de código genético intelectual francés y, en parte, germano (las dos genealogías más sólidas del ensayo), Cerda propone en este breve pero denso texto un recorrido por los orígenes y evolución del ensayo occidental en cuanto género fragmentario, discontinuo, marcado por una íntima necesidad exploradora e interrogadora basada en la disensión y en la lucha contra el sentido común (ese carácter *herético* también subrayado por Savater). A través de la estructura cuatripartita del texto, a su vez internamente fragmentada (*quebrada*, como reza su título) por medio de digresiones, de idas y venidas, desfilan una teoría, una breve historia y una visión testimonial y personal del ensayo y del ensayista como (anti) héroe de la moderna sociedad burguesa, huérfano del mecenazgo y naufragio del mercado, capaz de barruntar sistemas inalcanzables y consciente de la imposible unidad, ya perdida, condenado al boceto, a la nota, al artículo, al ensayo, a una escritura hecha de escombros (imagen ésta cara al propio autor). Quizá el aspecto más valioso del análisis de Cerda sea precisamente la descripción de los rasgos constitutivos del ensayo en su relación con las formaciones sociales y culturales de la modernidad, basadas en la fragmentación colectiva e individual. Además de Montaigne, Bacon o Baudelaire, pesan en sus páginas teóricos irrenunciables del ensayo como Lukács (a cuya voz se llega a ceder un epígrafe titulado, precisamente «Del ensayista»), Barthes (uno de los puntos fijos de Cerda), Benjamin o Adorno, sin olvidar a Drieu la Rochelle (la atracción por el suicidio fue otro punto fijo del chileno, que llegó a concebir y realizar un ensayo inédito titulado *La fascinación de la muerte*). En el arco trazado desde la modernidad científica y filosófica hasta la estética y la tecnológica, desde el Renacimiento tardío hasta el vacío generado por los campos de concentración nazis, el discurso de Cerda nos va descubriendo una creciente cultura de las ruinas plasmada en las imágenes del hundimiento, la caída, el ocaso, el naufragio y la intemperie, cuyo correlato formal es precisamente el ensayo como forma escindida, quebrada y fragmentaria, a pesar de que el libro se cierre con un poco convencido canto a la razón y el espíritu crítico como motores de esperanza. Un libro de aconsejable lectura, a pesar de que los casi treinta años transcurridos desde su primera publicación no hayan pasado en balde. En el mundo de los blogs y las redes sociales, del estilo cognitivo *wiki*, de la folksonomía y el tagueo como formas de conocimiento, algunas posiciones visceralmente antitecnológicas y de aristocratismo intelectual (de nuevo Ortega) desprenden pigmentos sepia.

Ello no es óbice para que cierta pose *ludita* siga gozando de espléndida salud. Buena muestra de ello puede verse en *La presencia de las cosas* (Hondarribia, Hiru), de Pablo Sastre Forest, traducción al castellano (a cargo de Javier Rodríguez

Hidalgo) de su *Gauzen Presentzia* (Elkar, 2007), nuevo capítulo de una nutrida literatura *objetivista* (en su sentido etimológico) que oscila entre la mirada adanista adoptada por Francis Ponge en *Le parti pris des choses* (1942) y la crítica de la opulenta sociedad de consumo llevada a cabo por Georges Perec en *Les choses* (1965), sin alcanzar por lo demás la intensidad descriptivista del primero ni la ironía sociologista del segundo. La culpa reside quizá en cierto síndrome de Casandra, muy extendido entre la radicalidad *chic* occidental, ocupada en anatemizar las indudables contradicciones del Progreso cómodamente instalada en el centro mismo de sus entrañas y, en este caso, en una especie de telurismo esencialista que se compadece poco con la compleja realidad vasca, más cercana ya en estos tiempos a la dualidad posmoderna consumo/ciudadanía teorizada por Néstor García Canclini que al *Euskal Harria* de Gabriel Aresti (esa simbólica piedra encontrada por el autor en el lecho de un río con la que se cierra el ensayo). No ayuda tampoco la sempiterna tendencia al paradigma binario basado en la *gran brecha* (ellos/nosotros, antes/ahora, utensilios/máquinas). Más interesante se revela la propia estructura catalogica y enumerativa del ensayo: a partir de una lista de veintidós objetos (entre la casa y la piedra, primer y último elemento, desfilan otros tan heterogéneos como el fuego, la silla, el pan, la ventana o la máquina), el autor lleva a cabo un itinerario interrogativo que oscila entre una nostalgia urbanita y prefabricada del mundo campesino y los lugares comunes del anticapitalismo de postal, que no duda en recurrir al mismísimo *Doctor Angelicus* para justificar su propuesta de *ayuno tecnológico*. La presencia de Ivan Illich es patente a lo largo de todo el texto, si bien se echa de menos la profundidad analítica del pensador austriaco y la riqueza de sus propuestas, la misma que posibilitó que las teorías de *Tools for Conviviality* (1973), un libro mal leído en clave puramente antitecnológica, estuvieran en la mente de quienes desarrollaron el ordenador personal como herramienta *user friendly*, potenciadora de la comunicación social y de la construcción colaborativa de conocimiento.

Prosiguiendo en la línea de un ensayo *literario* y fragmentarista, en las antípodas del tratado y muy teñido de subjetividad y lenguaje líricos, de situacionismo, estética de la acción y actitud libertaria, nos topamos con *El libro de las derrotas. Ensayo sobre el conflicto desde la teoría del bricolaje* (Madrid, La Oveja Roja), del poeta y ensayista andaluz Antonio Orihuela. Al igual que en el caso de Pablo Sastre, el texto de Orihuela parecería hallar su destino natural en el tercero de los puntos de nuestro recorrido, siendo como es otro capítulo de esa etnografía *de y sobre* el capitalismo impulsada por el *boom* de los *Cultural Studies*. No obstante, se ha decidido incluirlos en este epígrafe, más centrado en las dimensiones metateóricas del ensayo y en su plasmación más entrecortada, al primar en ambos casos lo literario sobre lo argumentativo, lo connotativo sobre lo denotativo, el ensayismo puro respecto a la literatura de pensamiento, la estructura abierta frente a la forma conclusa. Este último aspecto, analizado de forma sagaz

por Martín Cerda, como ya señalamos en su lugar, en tanto que contrapartida formal de la herida moderna y del *desencanto del mundo* pregonado por Max Weber, es encarado por Orihuela con otro enfoque e intención. En efecto, ya desde el subtítulo del libro vemos emerger la noción de *bricolaje* tal y como fuera empleada por Lévi-Strauss para oponer el pensamiento *salvaje* a la ingeniería filosófica occidental. Con esos mimbres, a los que añade una pátina diseminadora derridiana, Orihuela trata de ahondar en las contradicciones del capitalismo tardío observándolo con ánimo antropológico y oponiendo a la unidad, la trama y el sistema, las armas del fragmento, el montaje, el palimpsesto y el collage. El problema es que se aplican armas propias de la vanguardia histórica a un mundo que la englobó hace décadas en las galerías de arte y las editoriales de consumo, el *packaging* comercial y las series televisivas, se interpreta con lente antifordista un mundo posfordista, con el consiguiente efecto anacrónico propio de tanta literatura *comprometida* actual, incapaz las más de las veces de sondear los abismos de la realidad y anclada en lenguajes algo caducos. Un riesgo difícil de sortear cuando la crítica y el ensayo no mantienen las debidas distancias respecto a los objetos de su discurso, tomando la empatía por conocimiento. De nuevo, la teoría literaria más reciente puede proporcionarnos algún ejemplo.

2. LAS REGLAS DEL ARTE O LOS ESCAMOTEOS DE LA LITERATURA

Como es sabido, una de las consecuencias más llamativas de la autonomización del campo literario en la segunda mitad del siglo XIX europeo fue la progresiva polarización de la producción en dos esferas contrapuestas regidas respectivamente y aparentemente por el desinterés *estético* (la alta cultura) y por el interés económico (la cultura popular). El carácter ideológico de semejante concepción jerárquica (que alguien denominó con lenguaje certero una concepción *hojaldrada* de la cultura) ha sido desmontado en numerosas ocasiones en sede académica, con la consiguiente pérdida de terreno del mito esencialista y elitista de *la calidad*. Los derroteros posmodernos de la cultura no han hecho sino debilitar aún más esa vulgata al servicio de pocos. No obstante, dicho escamoteo o proyección sigue vigente en ciertos sectores editoriales y en buena parte de las mal llamadas Humanidades, que se resisten a aceptar de buen grado la contingencia de su ser histórico y a reaccionar con entereza ante los aires de crisis dominantes en la bolsa de los valores estéticos. Como si nada hubiera pasado, *Ausencia y forma* (Madrid, Abada), colección de ensayos ya publicados entre 1997 y 2006 por su autor, Juan Barja (director del Círculo de Bellas Artes de Madrid), nos propone un periplo refinado y repleto de citas poéticas y filosóficas a través, entre otras cosas, de las relaciones y revelaciones entre música, poesía y razón, donde es siempre el último de estos elementos el que sale peor parado. Baste consignar el profuso, excesivo empleo de la prosa métrica (cuando no del verso agazapado), de nuevo

esa (a nuestro juicio) dañina y decimonónica confusión entre arte y pensamiento (el perverso *verba tene, res sequentur*), el abuso de lo abstracto y lo abstruso frente a lo histórico (abunda con mirar el índice de términos final). El misterio de lo poético, los laberintos del barroco o el hermetismo simbolista no se comunican ni se aclaran recurriendo a lo misterioso, al dédalo o la alquimia. Ni Rilke, Baudelaire o Nerval, ni Cernuda o Vallejo se benefician de tan claustrofóbico clima.

Si cierta poesía lírica y sus exégetas parecen seguir excavando cada vez más hondo en sentido opuesto a la realidad y a la historia, la novela, la gran triunfadora en términos cuantitativos de la modernidad literaria, sigue generando gran número de interpretaciones con una mayor vocación comunicativa. En efecto, la ficción narrativa, su espacio y su función en el mundo, sus relaciones con lo histórico y lo social, son el meollo de *El viaje a la ficción* (Madrid, Alfaguara), del escritor, político y personaje público peruano Mario Vargas Llosa. El ensayo responde a la etiología clásica de un curso universitario convertido en libro y reelabora uno de los temas preferidos del autor de *El hablador*: la importancia de la ficción literaria como práctica individual y colectiva generadora de civilización y de libertad, como piedra clave de la bóveda social. En este caso, la figura elegida para demostrar esta tesis y sus corolarios políticos es el novelista uruguayo Juan Carlos Onetti, cuya vida, obra y universo literario (estilo, personajes, estructuras narrativas) se van desgranando de forma inteligente y amena, desperdigando aquí y allá los elementos necesarios para poder llevar a cabo una recolección final en forma de teoría o interpretación. Según Vargas Llosa, el *leit motiv* que recorre el abigarrado mundo imaginario onettiano, influido por autores como Faulkner, Céline o Borges, se cifraría en el mundo ficcional como espacio de huida ante una realidad poco satisfactoria. En pureza, el pormenorizado y sugerente análisis del autor tiene como único fin oponer a una versión muy poco refinada, casi caricaturesca, del marxismo (la *teoría del reflejo*), su propia versión de los hechos: la autonomía suprema de la literatura y la individualidad soberana del escritor creador de ficciones con el fin de conquistar nuevos espacios de realidad. La declinación latinoamericana de dicha tesis se plasmaría en la existencia de un *subdesarrollo como estado mental* (sic) en virtud del cual la democracia liberal se vería oprimida entre la Escala de las dictaduras oligárquicas y la Caribdis de las utopías revolucionarias. El mismo subdesarrollo que, según esta concepción, estaría en la base de las riquísimas mitologías ficcionales de escritores como Cortázar, Borges, Rulfo, Carpentier, García Márquez y el propio Onetti. Hemos de suponer que la obra narrativa del mismo Vargas Llosa, siempre con los pies en la tierra, salvará a América Latina de la hidra de la ideología, la revolución, el fanatismo, la xenofobia, el racismo, el nacionalismo y el militarismo. Sin ánimo de ironizar, se nos antoja mucha tarea para tanta autonomía estética.

Una visión más informada de la historia de América Latina y un método más riguroso, en la órbita de la historia de la literatura más que en el de la crítica

literaria, lo hallamos en el soberbio trabajo de Gustavo Guerrero, *Historia de un encargo: «La catira» de Camilo José Cela. Literatura, ideología y diplomacia en tiempos de la Hispanidad* (Barcelona, Anagrama), merecedor del Premio Anagrama de Ensayo en su edición de 2008. A partir de la atinada mixtura entre la historia de los intermediarios culturales, la crítica genética y el análisis de la recepción literaria, el estudio de caso propuesto por Guerrero (la intrahistoria de la novela *venezolana* de Cela entre 1953 y 1955) revela bien a las claras lo infundado de las teorías autonomistas y escamoteadoras de la literatura como esfera independiente. La imagen resultante del escritor gallego, a caballo entre el Stefan Zweig de la *marca Brasil* y el Pierre Loti más exotista, no hace sino confirmar lo sabido por todos en lo tocante a sus relaciones con el aparato cultural del régimen franquista y a la propia gestión de su carrera *literaria* (muy en consonancia con *el hombre que supo ganar*). Ensayo iluminador respecto a la necesaria formación de una teoría e historia del encargo literario (el nuevo mecenazgo político), no es el menor de sus méritos haber descrito el papel desempeñado por la doctrina de la Hispanidad en el bochornoso *affaire* analizado, además de haber llamado la atención sobre lo absurdo de sustituir tan dañino metarrelato intercultural (basado en el desconocimiento posibilitado por una lengua común) por versiones maquilladas del mismo tan presentes en la actual política cultural española en sus relaciones con América Latina, lastrada por indudables resabios noventayochistas, cuando no por un celado menendezpelayismo.

Llegamos así al último de los títulos reseñados en el presente epígrafe, centrado en el ensayo *literario*, es decir, aquel que toma por objeto esa práctica e institución social denominada *literatura*. La aclaración no es superflua cuando se trata de introducir *La cena de los notables. Sobre lectura y crítica* (Cáceres, Periférica), estimulante conjunto de ensayos firmados por el editor y crítico Constantino Bértolo. Casi sin pies de página ni apenas bibliografía secundaria (al menos explícita), con una prosa cartesiana y a la vez elástica, su autor nos regala uno de los libros sobresalientes de la temporada a base de toneladas de sentido común y conocimiento del campo literario. Punto de partida es la idea de literatura como pacto de responsabilidad entre autores, lectores, críticos y editores, situación por lo demás considerada imposible en una coyuntura cultural como la presente, marcada por la confluencia creciente entre crítica y publicidad, poética y marketing. Destaca especialmente la facilidad de Bértolo para explicar con sencillez la complejidad de la literatura en cuanto práctica antropológica y social y para desmontar las mitologías humanistas en su versión aristocrática y quejumbrosa. Notables también conceptos tan sugerentes como el de *urdimbre lectora* (resultado de la relación entre los estratos textual, autobiográfico, metaliterario e ideológico presentes en diferentes dosis en cada lector y en cada lectura) o la clasificación de estilos de lectura. De hecho, el libro de Bértolo puede ser utilizado como un *vademecum* para ir describiendo y adscribiendo los diferentes títulos reseñados en

las últimas páginas. Dejamos al lector la tarea de decidir cuál de ellos es paradigma de lectura política o politizada, inocente o letraherida, civil o crítica. Demoledor, por lo demás, el retrato de la función de *la crítica como residuo* en el seno del actual sistema editorial y social (visión deudora de Terry Eagleton y Raymond Williams), perfectamente descrito como una *cena de los notables* (en alusión a una escena de *El alcalde de Casterbridge* de Thomas Hardy). Las únicas objeciones posibles serían, quizás, cierta concepción exagerada de la literatura como lugar privilegiado de construcción del sentido social (en detrimento de otros crisoles del imaginario colectivo) o una visión algo ahistórica e irenista de la comunidad como espacio idílico y sin conflictos (el mito del paraíso perdido) frente a la corrupción del capitalismo propio de las sociedades contemporáneas. Por otra parte, la revolución digital es arrumbada sin miramientos, con la consecuencia de que, si bien el autor advierte en un par de ocasiones que el ciberespacio y sus formas a priori de la sensibilidad podrían comportar cambios en la economía política de la literatura, se renuncia a una indagación más pormenorizada en ese ámbito. Son los límites (en su sentido físico) del análisis de Bértolo, los límites (ahora sí mentales) del ensayo *sobre* literatura frente a un mundo donde la información, el pensamiento, la ficción y la negociación de significados e identidades no se reducen al soporte papel, a la escritura y a los consabidos formatos textuales. Así pues, parece llegado el momento de pasar página o, mejor aún, de clicar en otro enlace.

3. *BY ANY MEDIA NECESSARY* O LA OMNIPRESENCIA DE LA CULTURA

Con anterioridad mencionamos el auge académico (con las debidas reservas en lo que atañe al poco receptivo contexto español) y editorial de los *Cultural Studies*, lógica contrapartida de una serie de mutaciones económicas, sociales y culturales ligadas a fenómenos como la explosión de los medios de comunicación de masas, la revolución digital, la extensión inusitada de los consumos culturales y, en definitiva, la creciente disputa por el control de la conformación, la gestión y el dominio de los estilos de vida y de los imaginarios colectivos (ya sean sociales, nacionales, étnicos, de género o de consumo). Esa situación ha llevado aparejada, como era previsible, una proliferación de discursos destinados a analizar dicha estetización de la vida cotidiana, concebible a su vez como una estratégica despolitización de las prácticas diarias. Repolitizar lo (an)estetizado y dar patente de curso estética a prácticas marginalizadas (cuando no invisibles) es el cometido de toda una producción ensayística por lo demás variopinta y caleidoscópica. Veamos algunos ejemplos.

Un mundo en construcción. Crítica y cultura en la posmodernidad (Zaragoza, Cálamo), del poeta, ensayista y teórico de la literatura Alfredo Saldaña, encaja perfectamente en semejante perfil. En un ensayo breve pero de gran generosidad

intelectual y teórica, el autor echa mano de un nutrido abanico de referencias culturalistas (de Cornelius Castoriadis a Jürgen Habermas, de Michel Foucault a Gustavo Bueno, de Alain Touraine a Pierre Bourdieu, de Walter Benjamin a José Luis Brea) con el fin de salvar lo posible de una posmodernidad caída en descrédito. Para ello, recurre a la oposición entre una posmodernidad dócil y acrítica (ligada a la cultura de masas como *imposición*) y una posmodernidad inconformista y reflexiva (asociada a la cultura popular en cuanto *expresión*), firme en la concepción de la cultura como lugar de conflicto, resistencia y negociación (la sólida herencia del *Birmingham Centre for Contemporary Cultural Studies*). No obstante, la articulación de tal diferencia u oposición no llega a cumplirse de forma plena, obstaculizada, tal vez, por la condición de poeta del autor y su deuda respecto al irracionalismo de cierta vanguardia histórica (la literatura como pérdida, soledad y silencio) obsesionada por lo que Octavio Paz denominó *la tradición de la ruptura* y por la excesiva importancia concedida a la literatura (y a la poesía en particular) como motor de cambios históricos.

Quién sí ha sabido interpretar a la perfección el espíritu de los actuales y caóticos tiempos posmodernos (así como sus dinámicas de consumo) es sin lugar a dudas Eloy Fernández Porta, flamante ganador del Premio Anagrama de Ensayo 2010 con su recién aparecido *Eros. La superproducción de los afectos* (Barcelona, Anagrama, 2010). Es necesario recordar, eso sí, que antes de convertirse en el indiscutido *enfant terrible* de lo que podríamos denominar (adoptando la pose frívola del propio autor) la *Crítica COOLtural* patria, Fernández Porta había facturado ya dos volúmenes importantes como son *Afterpop. La literatura de la implosión mediática* (Córdoba, Berenice, 2007), reseñado en estas mismas páginas en la panorámica de 2007 (a cargo de Germán Labrador Méndez y Fernando Rodríguez de la Flor), y *Homo Sampler. Tiempo y consumo en la era Afterpop* (Barcelona, Anagrama, 2008). En este segundo ensayo, su autor da una nueva vuelta de tuerca a los ingredientes constitutivos de su propuesta: actitud, estilo y *modus operandi* a caballo entre la crítica periodística, la académica y la contracultural, afición por los juegos de palabras y los guiños tipográficos, estructuración textual de doble nivel (un índice externo en capítulos y párrafos convencionales que esconde una modularidad a base de sutura y *cut & paste* y en la que se suceden lecturas críticas de obras concretas pertenecientes a múltiples lenguajes, del cómic a la música pop, del cine de serie B o la literatura a las artes plásticas). En este caso, los conceptos englobadores de este ensayo tripartito son los de UrPop, RealTime y TrashDeLuxe. Excesiva pirotecnia para un descriptivismo y una exégesis brillantes y bien conducidos pero sin excesivo calado teórico y con escaso andamiaje histórico. Una versión hispana (o más bien anclada en el eje Madrid-Barcelona) de esa etnografía del capitalismo en la que se han convertido las vertientes norteamericanas del culturalismo. Puro *Zeitgeist* del presente.

Sea como fuere, lo que parece indudable es que ese material textual y cultural de múltiples procedencias analizado en el libro de Fernández Porta constituye un objeto privilegiado a la hora de entender el entramado simbólico de las sociedades contemporáneas: la música (toda la música), el deporte, la televisión, los videojuegos, los estilos de vida y de consumo, las subculturas juveniles y tantos otros fenómenos representan piezas tan dignas de fruición o de estudio como los lenguajes y prácticas canonizadas por una tradición cultural elitista algo desinflada y ya sin argumentos racionales. La aparición de trabajos dedicados a esas manifestaciones culturales en el contexto local (y no siempre procedentes del ámbito contracultural) son un síntoma de la normalización de la sociedad española también en ese aspecto. Basten algunos ejemplos.

En primer lugar, *The Stooges, combustión espontánea. Un instante de eternidad y poder (1965-2007)* (Bilbao, Discos Crudos), del veterano periodista musical Jaime Gonzalo, que da así nueva forma a una obsesión nacida hace décadas por el grupo de Detroit liderado (y atormentado, como se deduce de la lectura de esta biografía colectiva) por Iggy Pop, uno de los personajes más incombustibles y malditos de la escena rock. Trescientas páginas con un discreto material gráfico caracterizadas por un estilo periodístico y una estructura de capítulos breves donde se entrecruzan las voces del autor y de los protagonistas, con abundante material proveniente de entrevistas y un ágil trabajo de engarce. El compromiso personal e incluso emocional de Gonzalo es patente, con el concierto ofrecido por el grupo en 1978 en el Pabellón del Joventut de Badalona funcionando como centro gravitatorio de una estrecha relación (profesional y, a su manera, personal). El volumen incluye una cronología, una discografía y un *who's who* de los distintos personajes o *dramatis personae* (no en vano la trama se desarrolla como una especie de drama bufo, con los tipos y papeles menandrescos propios de la historia del rock), además de las letras del grupo, con su correspondiente traducción. Acostumbrados a leer a pesos pesados foráneos de la literatura *pop* como Jon Savage (en torno al punk y *The Sex Pistols*) o Victor Bockris (sobre Andy Warhol y *The Velvet Underground*), esta vez se puede afirmar sin reticencias que el producto autóctono mantiene el tipo con dignidad.

Dentro de una órbita temática emparentada, pero con un enfoque más analítico que biográfico-narrativo y más ligado al clásico análisis de Dick Hebdige sobre las subculturas juveniles en cuanto prácticas socioculturales con un *estilo* particular objeto posible de lectura crítica, merece la pena mencionar el trabajo de Servando Rocha titulado *Agotados de esperar el fin. Subculturas, estéticas y políticas del desecho* (Barcelona, Virus), en un guiño al clásico tema del grupo rock asturiano *Ilegales*. Rocha es un viejo conocido del *agit prop* libertario, una de las cabezas visibles del Colectivo de Trabajadores Culturales «La Felguera», desde donde se edita la impecable revista homónima, así como trabajos centrados en fenómenos propios de la cultura antagonista (entre ellos, algunos del mis-

mo Rocha acerca de lucha armada en EEUU en los años 60-80, las relaciones entre arte y revolución o la historia de la *Angry Brigade* británica). El estudio trata de rastrear los *estilos* de movimientos como el beatnik, los teddy boys, el punk (analizado de forma más detallada), los mods o los skinheads, entre otros, como ejemplos de reacción contrahegemónica. Hilos conductores son la idea de la basura y el desecho (enfermedad, fealdad y suciedad como puntos de encuentro entre lo ético y lo estético), el final de la historia (y la consiguiente renuncia al futuro) o la estetización de la guerra, aspectos todos ellos, anota su autor, bajo la amenaza casi siempre cumplida de ser englobados por el sistema, en una especie de acto fagocitador de los estilos contraculturales. Un riesgo muy presente también en los propios estudios centrados en las subculturas y al que el ensayo de Rocha se sustrae decididamente. En resumen, un saludable contrapunto a los estudios culturales domesticados hoy tan en boga.

Si de hegemonía o violencia simbólica se trata, el del fútbol es hoy día, a no dudarlo, uno de los espacios sociales y culturales donde más recursos pecuniaros y emocionales circulan al servicio de la conformación de imaginarios colectivos atravesados por la dialéctica de la cohesión y el conflicto, uno de los escenarios del ocio donde mirar para ver representada la tragicomedia colectiva. No en vano, de Norbert Elias a Nick Hornby, de Eduardo Galeano a Patxo Unzueta, el interés y/o la fascinación de los intelectuales por el deporte rey ha ido pasando de lo anecdótico a lo rutinario, de la provocación a lo consabido. Albert Camus (tan diferente en todo al *envaramiento* sartriano) afirmaba ya sin tapujos que lo poco que sabía acerca de la moral humana se lo debía al fútbol y a las salas de teatro, sus verdaderas aulas universitarias. A algo parecido se refería también Bill Shankly cuando decía que el fútbol no era una cuestión de vida o muerte sino algo mucho más serio, como puede leerse en el prólogo a *Cultura(s) del fútbol* (Vitoria-Gasteiz, Bassarai), al cuidado de Luis V. Solar y Galder Reguera (este último firma además un artículo sobre la identidad de los clubes de fútbol). No es casual que un libro de estas características venga precisamente de Euskadi (Solar es uno de los responsables de la cantera de Lezama, la del Athletic de Bilbao), donde el fútbol, más allá de traspasos millonarios y neocolonialismo encubierto, sigue siendo otra cosa, mucho más cercana a sus orígenes británicos, mucho más en contacto con la sociedad civil. Dividido en cuatro partes, este volumen colectivo y caleidoscópico compuesto de dieciocho contribuciones se detiene en los aspectos sociales del fútbol, en su carácter lúdico y deportivo y en su riqueza como objeto de análisis sociohistórico, sin olvidar los aspectos personales y anecdóticos ligados a quienes han sido o son sus protagonistas directos. Así, sociólogos como Pablo Nacach, periodistas como Enric González o Santiago Seguro, entrenadores como Juanma Lillo o exjugadores como Andoni Zubizarreta o Miguel Pardeza contribuyen a trazar una imagen coral de esa religión cotidiana en busca de un dios (la imagen es de Vázquez Montalbán) que los fieles llamamos *fútbol*.

Un producto con estructura de mosaico y muy diferente a los anteriores por origen y concepción es *Imbécil y desnudo. Esto es la descojonación* (León, Leteo), del francotirador cultural Rubén Lardín (procedente también del mundo del fanzine y la contracultura). Se trata de una versión en papel de la bitácora digital (un blog, para más señas) mantenida por el autor entre finales de 2006 y mediados de 2008, para diversión y solaz de sus incondicionales. El título, en el que se mezclan los universos surreales de Georges Bataille y Rafael Azcona, marca ya el tono de una serie de fragmentos yuxtapuestos (los *post* originales del formato digital) que rezuman bilis y sentido del momento, acumulan exabruptos viscerales y escatológicos, obsesiones adolescentes y apuntes ingeniosos, críticas feroces y afinidades electivas. Todo ello a partir de una miríada de referencias culturales variopintas sin jerarquizar y mezcladas con sabiduría periodística. Más allá de la simpatía o rechazo que el peculiar estilo comunicativo de Lardín o sus opiniones y juicios puedan generar en el lector, parece indiscutible que la operación de trasvasar de forma íntegra (sin retoques ni ajustes) una serie de textos pensados para un soporte como la web y un contenedor como la bitácora digital se revela un sonoro fracaso. La propia lógica hipertextual e hipermedia del blog queda absolutamente cercenada en el rígido y secuencial formato del papel, por mucho que se haya intentado reproducir la profundidad del enlace digital (uno de los rasgos constitutivos de la escritura *online* y del blog como género) en la sección final de notas/enlace, mientras que el estilo cognitivo de la lectura en pantalla se da de patadas con la pertinaz densidad matérica de la página. Lo que sí hubiera sido posible con otros blogs autodenominados *literarios* (mejor no dar nombres), como prueba de un mero cambio de soporte pero no de escritura, no funciona cuando se trata de un verdadero blog *nativo* de la red. Si se ha buscado legitimar un tipo de escritura considerada aún marginal (¿por quién?) con el *nihil obstat* de la edición *noble*, se ha hecho un flaco favor a ambos soportes (digital y en papel) y, en última instancia, a la propuesta gamberra y cascarrabias del propio Lardín, ahora embalsamada en el panteón de lo inerte. Este de la convivencia entre el formato digital y el libro *tradicional* (otro concepto ahistórico y errado) es, a nuestro modesto entender, uno de los puntos clave de una posible mutación a todas luces necesaria en el sector editorial (tanto académico como de divulgación, ficcional como factual, de especialización o de entretenimiento). Los 8.447 títulos en formato electrónico publicados en España en 2008 (poco más del 7% del total) no dicen nada bueno respecto al olfato comercial y epocal de la edición patria, por no hablar de su actitud ante el presente.

Cambiando de tercio de forma radical, del blog empapelado al tratado, de la *new media* al lenguaje en cuanto núcleo de lo humano, aunque siempre en la senda de la omnipresencia de la cultura (el hilo conductor de la presente sección), nos encontramos con otra de las agradables sorpresas de la temporada. En *El lenguaje como cultura. Una crítica del discurso sobre el lenguaje* (Madrid,

Alianza), del lingüista Enrique Bernárdez, queda demostrado a las claras que es posible facturar con todo rigor quinientas páginas repletas de referencias bibliográficas especializadas y centradas en aspectos en apariencia áridos para un profano sin perder un ápice de ironía, frescura y capacidad de estímulo para los lectores. Fiel al título del volumen, Bernárdez da forma a un acercamiento culturalista aplicado a una ciencia como la lingüística teórica, atrapada entre los lugares comunes de la tradición, los atropellos de la ideología disfrazada de sentido común (en los medios de comunicación), cuando no de defensa de la pureza de la lengua (academias y normativas), los comisarios políticos del innatismo generativista o los *ukases* del sistema científico académico anglosajón erigido en modelo supremo. En sus sorprendentemente amenas páginas, el autor va demontando mitos y repartiendo mandobles a diestra y siniestra, armado de argumentos y sentido del humor (memorables las malévolas alusiones a Joaquín Casaldueiro y Dámaso Alonso y la ironía con que se disuelve la pretendida universalidad de lo divino), dedicado a la siempre difícil tarea de dar espacio a lo cultural a base de confiscar territorios a la peligrosa coartada de lo natural. En un contexto español, se revelan especialmente incisivas y atinadas las páginas dedicadas a analizar conceptos como los de lengua materna, monolingüismo / bilingüismo, así como a desmontar y colocar en la justa luz histórica y presentista los recientes panegíricos del monolingüismo (y el *glotodarwinismo* aparejado) por parte de las huestes españolistas de la lingüística oficial con presencia en los medios de comunicación. Buenas noticias para quienes gustan de adivinar los músculos del poder bajo la tersa piel de los saberes.

La importancia y ubicuidad del poder, así como el intento de enunciar una teoría de la dominación, están en la base de la cita anual de José Antonio Marina con el ensayo de alta divulgación titulado *La pasión por el poder. Teoría y práctica de la dominación* (Barcelona, Anagrama). Como no podía ser de otra forma, el autor se aleja de manera decidida del enfoque culturalista de algunos de los ensayos reseñados en las anteriores páginas y se inserta más bien en un pensamiento ilustrado y liberal a caballo entre lo razonable y la defensa del *statu quo*. Parece cuando menos anómalo que en un libro dedicado al poder y la dominación Marx aparezca citado, a modo de *divertissement*, en un par de ocasiones (elidiendo o banalizando el concepto de *ideología*), mientras las aportaciones de Antonio Gramsci al tema brillan por su ausencia, en beneficio de los socorridos Foucault y Bourdieu o del improbable Anthony Giddens. Omisiones o descuidos en sí mismos legítimos, aunque más difíciles de explicar cuando se insiste con cierta inmodestia en la radical novedad de las teorías presentadas por el hecho de hacer hincapié en la necesaria especularidad de la relación de dominadores y dominados (la hegemonía gramsciana o la violencia simbólica bourdesiana) o por prestar atención a las esferas no puramente políticas (un filón más que transitado por la sociología histórica y la historia sociocultural desde Norbert Elias hasta Ro-

ger Chartier, por no hablar de los *Cultural Studies*). Si se repasa la estructura del libro, se verá de nuevo que la oposición entre poder directo e indirecto está ya en Gramsci (que lo obtiene en préstamo de la pareja *forza/frode* del Machiavelli, el mismo que, según confiesa el propio Marina, dio origen a su libro), que los recursos o estrategias del poder son una glosa de la teoría de los campos bourdesina o que la metáfora dramática lleva décadas de fortuna en la antropología y la historia culturales. Más allá de estas cuestiones de detalle, el verdadero problema es la endeble articulación entre poder constituyente y constituido (el espinoso problema de la legitimación) y, en especial, el consabido elogio del sujeto individual y la incapacidad de dar cuenta de los complicados mecanismos subyacentes a las identidades colectivas (étnicas, nacionales, sociales, de género...). Podemos fundar todas las ficciones constituyentes que queramos, pero las raíces conflictivas de la sociedad van mucho más allá, entre otras cosas porque las mismas palabras o ficciones *dignidad, justicia o libertad* están en la base de conductas radicalmente opuestas, dependiendo de quién disponga de los mecanismos materiales y simbólicos para imponer su propia visión de la realidad. Una visión ligada a factores grupales y sociales que el itinerario de lo biológico a lo ético propuesto por Marina ayuda poco a dilucidar.

En efecto, más que a lo biológico o a lo ético, corresponde a la esfera de lo político (en los múltiples significados de la palabra) la clave para entender los mecanismos del poder. A la estricta sociología política de vocación empírica (aunque sin descuidar los aspectos analíticos y teóricos) puede adscribirse el volumen *La confrontación política* (Madrid, Taurus), de José María Maravall, suma de tres estudios centrados en aspectos relacionados con la disputa por el poder en las sociedades democráticas (su consecución y su conservación) como son la crispación en cuanto estrategia de desestabilización política, los posibles usos políticos del adelanto de elecciones por parte de los gobernantes en las democracias parlamentarias y los factores más determinantes a la hora de favorecer u obstaculizar la supervivencia de los gobiernos. Las conclusiones alcanzadas en cada uno de dichos estudios son en buena medida inquietantes, resultando que muchos de los idílicos axiomas teóricos básicos de las democracias occidentales parecen no salir muy bien parados en la práctica política concreta, algo bien visible en la tercera parte del volumen, donde se analiza la capacidad decisoria real de los electores en los comicios y la importancia de factores a veces poco atendidos por la teoría minimalista de la democracia como son las conspiraciones políticas internas y su capacidad para derrocar gobiernos. Por otra parte, aunque se analizan y mencionan también casos relativos a Estados Unidos y a algunos países europeos, el grueso de los datos y las interpretaciones han de leerse en clave española. Ello es asaz evidente en el estudio dedicado a la crispación como estrategia política, donde los análisis del autor y los paralelismos trazados entre la situación norteamericana (Clinton/Bush) y la española (la campaña personalizada de acoso y

derribo de las figuras de Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero) tienen un indudable sabor presentista y una poco disimulada toma de partido. No en vano, se analizan los datos de las traumáticas elecciones de 2008 (las de los atentados del 11-M) y se adivina una continuidad entre las sucesivas estrategias crispadoras de la derecha española desde mediados de los años noventa hasta el día de hoy.

Esa situación propia de la lógica electoral y partidista descrita por Maravall tiene su amplificación y traslación diarias en los poderes extraparlamentarios (económicos, mediáticos o judiciales) y en las encarnizadas luchas por la interpretación del pasado al calor de la opinión pública. En ese orden de cosas, el debate sobre la memoria histórica relacionada con la Guerra Civil y con la subsiguiente dictadura franquista tuvo a partir de 2006 un resurgimiento inusitado. Veamos de forma sumaria algunas esquivas de ese consenso nunca consensuado y destinado, por tanto, a fracturarse en mil pedazos.

4. MNEMOSINE COGIÓ SU FUSIL O LA LARGA ESPERA DE ANTÍGONA

En el año 2006 se dieron cita en España, en una acumulación de sentidos y de sentimientos, dos efemérides relacionadas entre sí y una iniciativa de tipo legislativo. Las recurrencias se referían a los setenta años del golpe de Estado franquista que desencadenó la Guerra Civil en julio de 1936 y a la proclamación democrática de la Segunda República en abril de 1931. Su contrapartida legislativa fue la proposición de ley aprobada por el Congreso (con el rechazo unánime del Partido Popular), en cuyo texto se declaraba de forma explícita ese mismo año como *Año de la Memoria Histórica* y se trataba de establecer la necesaria continuidad entre el régimen constitucional republicano y el actual, tras el paréntesis dictatorial y la consiguiente represión física y moral llevada a cabo por el nacionalcatolicismo (una meticulosa y despiadada *damnatio memoriae* de los perdedores del conflicto).

A partir de entonces empezaron a amplificarse y a tomar forma visible una serie de nudos y problemas que no eran sino la inevitable consecuencia de torpezas, injusticias y componendas ligadas al llamado *pacto del olvido* de la Transición y, en última instancia, a concepciones irreconciliables sobre el pasado y sobre la propia idea de España. En realidad, el movimiento para la Recuperación de la Memoria Histórica (ligado a una serie de asociaciones y foros ciudadanos) llevaba gestándose desde finales de la dictadura y había ido adquiriendo su actual entidad al menos desde los primeros años del presente siglo. Su labor se ha centrado, entre otras cosas, en aspectos como el recuento e identificación de los represaliados del franquismo, la organización de homenajes y actos conmemorativos a guerrilleros o presos republicanos o la localización y exhumación de las nu-

merosísimas fosas comunes (las cunetas y descampados donde yacían las víctimas de los *paseos* y las *sacas*). Coincidiendo con la confluencia de los factores antes señalados, a este aspecto asociacionista y ciudadano de recuperación de la memoria histórica se le añadieron un ámbito legal, político e institucional y, de forma inevitable, una resonancia en el ámbito cultural (de lo histórico a lo divulgativo o propagandístico, del cine a la novela o el ensayo). De tan ingente producción (en lo que nos concierne, ensayística) hemos seleccionado algunos títulos a guisa de ejemplo de las diferentes tipologías textuales, enfoques y posiciones en torno a la cuestión de la memoria histórica.

Una buena vía de acceso al problema puede hallarse en el volumen de Luis Castro titulado *Héroes y caídos. Políticas de la memoria en la España contemporánea* (Madrid, Los Libros de la Catarata). Si el grueso de la discusión se concentra en los sangrientos hechos de la Guerra Civil, en la represión posterior y en la controvertida cuestión de la memoria oral, el libro de Castro se presenta como una útil introducción (entre la investigación y el activismo) a la historia de las políticas sociales de la memoria en España, surgidas a partir del siglo XIX (a caballo entre el Antiguo Régimen y el liberalismo) y sus respectivas concepciones de la futura nación española. En realidad, el capítulo dedicado al período comprendido entre 1808 y 1936 funciona como preámbulo al verdadero cuerpo del trabajo, que trata de rastrear la hemipléjica política memorial del régimen franquista ya desde el momento inicial de propaganda bélica, para proseguir después con el culto a los caídos por Dios y por España, el guerracivilismo exacerbado propio del régimen durante décadas, la política monumental, toponímica o conmemorativa y el papel de *prima donna* desempeñado por la Iglesia católica en la represión educativa y moral de la población. Quizá los momentos más interesantes del volumen sean los párrafos centrados en las víctimas republicanas y su ultrajante tratamiento *post mortem*, así como el capítulo final dedicado a la Transición democrática y sus políticas amnésicas de la memoria basadas en el mito de la reconciliación nacional y ayudadas por el conformismo del bienestar económico, el miedo al posible *revival* bélico y el transformismo de muchos, demasiados, elementos del régimen anterior.

En un plano más académico y puramente historiográfico podemos reseñar dos iniciativas ligadas a Josefina Cuesta Bustillo, docente de la Universidad de Salamanca y una de las investigadoras más autorizadas en la materia. *Memorias históricas de España (siglo XX)* (Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero) es un grueso volumen colectivo coordinado por la autora, fruto de un proyecto de investigación y que reúne los trabajos de veinticuatro especialistas (con diferentes enfoques) sobre aspectos tan variados como la controvertida relación entre *memoria e historia*, el recuerdo (y los olvidos) de las mujeres republicanas en la democracia española, la representación de la Guerra Civil en el cine y la literatura españoles y extranjeros, la censura postal, los campos de concentración franquistas

o los mitos y contramitos del conflicto. Entre los aspectos más atractivos del volumen para un lector no especialista e interesado sobre todo en entender la dimensión teórica y etiológica de la cuestión, podemos señalar, entre otros, los acercamientos de Julio Aróstegui a las bases teóricas y epistemológicas de la controversia memorial (de Huyssen a Ricoeur o Todorov) y de Walther L. Berneker a las batallas de la memoria en el siglo XX español. Quienes, por su parte, tengan intención de hacerse una idea cabal de la estructura y consecuencias del actual debate, hallarán cumplida satisfacción en los dos excelentes trabajos firmados por Enrique Moradiellos y por la propia Josefina Cuesta y centrados en el primer caso en la diferencia crucial (no siempre clara y respetada en el fragor de la batalla) entre revisión histórica crítica (por un lado) y revisionismo político presentista (por el otro) y en el segundo caso en la cuestión de la memoria histórica en el siglo XX español, con especial atención a la batalla de memorias y su declinaciones en el ámbito legal y de la opinión pública. En esa misma línea, pero pasando del formato artículo al de monografía académica de amplio alcance y repleta de referencias bibliográficas, Josefina Cuesta firmó también en 2008 el trabajo titulado *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX* (Madrid, Alianza). Espléndido y útil trabajo que, a partir de una introducción teórica a las enrevesadas relaciones entre la epistemología de la *historia* y la fenomenología de la *memoria* (ya sea colectiva, social o individual, oral o escrita) desemboca en un pormenorizado engarce y análisis de fuentes primarias (artículos en prensa, memorias, autobiografías, literatura académica, literatura gris...), un ilustrativo recorrido a través de la conformación de la(s) memoria(s) de tres generaciones o períodos en la España (y en el exilio) del siglo XX: desde la Segunda República, cuya breve memoria fue secuestrada por los vencedores de 1939 y será reivindicada de nuevo mucho tiempo después por quienes se oponían a la guerra de Irak, hasta la fractura de la Guerra Civil (fundamento de la memoria colectiva franquista y hueso difícil de roer o al menos de encajar en el esqueleto del recuerdo a partir de los años 70), sin olvidar los tiempos de la democracia recuperada y los conflictos entre memoria y amnistía (¿o amnesia?) durante la Transición. Todo para concluir, con la autora, que la memoria dista mucho de haber encontrado la paz, quizá porque recordar y reparar son acciones que exigen discriminación y no identificación entre pasado y presente.

Del puro pasado se ocupa *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España (1939-1952)* (Madrid, Los Libros de la Catarata), de nuevo un volumen colectivo, esta vez al cuidado del ya mencionado Julio Aróstegui y de Jorge Marco. El objeto de estudio (los avatares de la guerrilla antifranquista posterior a la guerra civil) es uno de los que más han estimulado los imaginarios ficcionales, tal vez por el desgaste semántico de las numerosísimas visiones del conflicto armado de 1936-1939 o por las implicaciones románticas del personaje del forajido y el bandolero, con una nutrida tradición literaria y cinematográfica

a las espaldas. El libro, además de una breve introducción de los editores, cuenta con un total de trece contribuciones distribuidas en una estructura tripartita (con origen en un congreso celebrado en la Universidad Complutense en 2006). Los aspectos tratados pueden resumirse en la descripción del contexto nacional e internacional de la resistencia antifranquista, las discutidas relaciones entre la guerrilla y el mundo campesino y/o el entorno obrero, el debatido y poco claro papel del PCE en la organización y gestión de la guerrilla, el análisis de los diferentes territorios con una presencia guerrillera (desde el noroeste peninsular a Andalucía, pasando por Cataluña o la Meseta), las relaciones entre resistencia armada, rebeldía social y delincuencia o los problemas de método y de acceso planteados por las fuentes documentales y testimoniales. A este respecto, no será ocioso aludir a la labor obstruccionista por parte de algunas instituciones militares en cuyo poder obran muchas de las fuentes necesarias para esclarecer la verdad histórica en torno a este tema (las actas de los consejos de guerra depositados en los Tribunales Militares Territoriales, especialmente), una circunstancia señalada de forma repetida por los investigadores en éste y otros ámbitos de estudio relativos a la Guerra Civil y a la dictadura posterior.

Más arriba hicimos alusión a la tradición romántica del guerrillero que se echa al monte y a sus potencialidades literarias y mediáticas. Si a ello le sumamos su contrapeso afectivo femenino, así como la visibilidad e importancia del debate en torno a la memoria histórica de la Guerra Civil y la posterior represión franquista, tendremos los ingredientes adecuados para explicar que el Premio Espasa de Ensayo de 2008 recayera en el trabajo de la periodista Ana Ramírez Cañil titulado *La mujer del maquis* (Madrid, Espasa). El libro retoma las figuras de Juanín y Bedoya, dos de los últimos guerrilleros antifranquistas (de la zona de Val de San Vicente, en Cantabria), asesinados en 1957 y que ya habían sido objeto un año antes de un exhaustivo trabajo de Antonio Brevers (*Juanín y Bedoya. Los últimos guerrilleros*, Santander, Cloux, 2007). No obstante, en este caso la perspectiva es muy diferente: en realidad, la autora parte de ambos maquis con el objeto de convertirlos en trampolín para poder centrarse en la vida cotidiana de las mujeres (madres, esposas, amantes, hermanas...) que se movieron en su contexto vital, geográfico y emocional, sobre todo entre mediados de los años 40 y mediados de los años 50, pero con los inevitables flecos vitales sucesivos. La represión física y moral y el estricto control de los comportamientos llevado a cabo por las instituciones civiles y religiosas y por la sociedad en las zonas rurales aparece como trasfondo de las relaciones entre los guerrilleros y las mujeres de su entorno. Todo ello en el surco del movimiento por la recuperación de la memoria histórica. En la estructura coral del ensayo (recuerdos, cartas y documentos gráficos y textuales son entretreídos por y con el discurso autorial) destaca el hilo conductor de la historia de amor entre Paco Bedoya y Leles, verdadero núcleo a partir del que se estructuran el resto de los elementos (emigración, exilio, peripecias

penitenciarias y judiciales, relaciones familiares y sociales). El resultado es una estructura a caballo entre la balada y el melodrama (la tradición literaria del forajido), rastreable en los títulos de los capítulos (*El adolescente enamorado*, *Casada con el aspirante a cantante*, *No culpes a nadie de nada*). Una sabia operación donde el periodismo narrativo consigue aunar la afición por lo amoroso, lo melodramático, lo biográfico, lo histórico y lo novelesco con el indudable éxito de la producción editorial de y sobre mujeres. La cara humana y empática del testimonio reelaborada siguiendo las pautas de un periodismo que, según afirma la autora, aspira a ser el primer borrador de la historia.

A caballo entre lo testimonial y la intervención política, se hace necesario también incluir algunos títulos *de personaje* concebidos como *instant books* al hilo del debate sobre la memoria histórica. Es el caso, por ejemplo, de *La crispación política en España. De la guerra civil a nuestros días* (Barcelona, Planeta), del incombustible Santiago Carrillo, al que no se le puede negar el mérito de haber sobrevivido a los campos de batalla literales y metafóricos del siglo XX tras haber sometido su imagen pública a variadas cirugías embellecedoras, pasando de ser en etapas sucesivas el vicario del estalinismo en España, el coinventor del eurocomunismo y uno de los adalides de la distensión democrática. Una labor de cosmética histórica perfectamente reflejada en este interesante y ágil libro a caballo entre la historia y el recuerdo. Entre verdades evidentes y sorprendentes afirmaciones y análisis, Carrillo va desgranando los sucesos políticos españoles comprendidos entre la Segunda República y la Transición (con una coda dedicada a la derecha actual), haciendo especial hincapié en la primera, así como en la Guerra Civil. La teoría que sustenta todo el andamiaje es que el conflicto bélico entre españoles pudo ser evitado (reconducido a tensiones y ajustes dentro de la legalidad) y que respondió en realidad a factores ligados al contexto internacional, más en concreto, al expansionismo del fascismo y el nacismo propio de las potencias del Eje, con un ojo puesto en la futura Guerra Mundial. Si esta teoría no es nada nuevo (ni descabellado), más interés tiene para el lector descubrir que todos los mitos negativos ligados al bando republicano (violencia anticlerical, caos revolucionario obrerista, lectura deficiente de la situación bélica) son imputables al *izquierdismo infantil* (sic) propio de los anarquistas y a las pocas luces de Largo Caballero. Afortunadamente para España, el propio autor sanó a tiempo de su sarampión izquierdista e infantiloides, de la mano de un PCE que, a juzgar por las páginas del libro, fue el principal defensor de la democracia burguesa republicana, movido sólo por su antifascismo. Llegados al territorio de los contrafactuales, Carrillo nos habla de una URSS interesada en mantener la democracia española en caso de no haber triunfado el levantamiento militar y de un comunismo español que hubiera secundado una línea tan ejemplar. La presbicia ideológica del autor se convierte, sin embargo, en vista de águila (si bien algo sesgada, qué duda cabe) cuando se trata de rastrear los orígenes de la crispación política en

España y de resumir los vicios de la derecha española más montuna de ayer y de hoy, con el problema religioso y la intocable unidad de destino en lo universal como código de barras indeleble de quienes no han sido capaces de desmarcarse de forma neta del franquismo.

Un botón de muestra de dichas posiciones, muy presentes en el mercado editorial gracias al éxito de un público entregado y al apoyo de ciertos medios de comunicación, es el volumen testimonial (por decir algo) *Por qué dejé de ser de izquierdas* (Madrid, Ciudadela Libros), al cuidado de Javier Somalo y Mario Noya y con un prólogo de Javier Rubio y un epílogo de César Vidal, nombres todos ellos ligados al proyecto *Libertad Digital*, especializado en un periodismo amarillista y ayuno de los mínimos criterios necesarios para ejercer la profesión con ciertas garantías de fiabilidad. El volumen responde al género de la confesión pública (con golpes en el pecho) por parte de conversos políticos (cristianos nuevos de la extrema derecha con piel de *liberalismo*) iluminados por la recién descubierta doctrina o quizás enfadados consigo mismos por haberse dejado engañar en su temprana juventud por el sol del porvenir o por no haber sabido medrar en el pasaje a la vida adulta entre la utopía revolucionaria y el reparto de despachos. Federico Jiménez Losantos, Amando de Miguel, Carlos Semprún, Horacio Vázquez-Rial, Cristina Losada o Pío Moa (el caso más triste e indignante) son algunos de los celebrantes de esta ceremonia purificadora digna de encabezar la antología del disparate a la que alude el título de la presente panorámica.

También ligado al debate sobre la memoria histórica, esta vez en su vertiente judicial, pero más allá del puro ajuste de cuentas y con una decidida proyección internacional (en especial, latinoamericana), se halla *La línea del horizonte. Una crónica íntima de nuestro tiempo* (Barcelona, Debate), de Baltasar Garzón, el juez más controvertido y estelar de la democracia española. Se hace extraño hoy día, *col senno di poi*, sabedores de los hechos judiciales y casi de farándula posteriores (y muy recientes) relacionados con el autor del libro, leer algunas de las páginas del volumen, en especial las dedicadas a la necesidad de la memoria y la exigencia de responsabilidades a la hora de resolver una transición política o las referidas al problema de los desaparecidos, ya sea en algunos países latinoamericanos o en la España de la Guerra Civil y la inmediata posguerra. El libro recoge los resultados de los encuentros entre diferentes especialistas u operadores organizados por el autor entre 2005 y 2007, a caballo entre Nueva York y Madrid y para diferentes instituciones. Los temas de debate, con una neta vocación dialogal e internacional, van desde el terrorismo hasta los efectos de la globalización en sectores como la economía y la educación, sin olvidar los derechos humanos y la situación jurídica en América Latina (con un capítulo dedicado a la figura de Rigoberta Menchú) o las ya mencionadas cuestiones de la represión política en América Latina o de las transiciones políticas. En todo caso, un libro excesivamente extenso que se habría beneficiado de una labor mayor de selección y concentración

de voces y problemas y del control de una subjetividad autorial (por no decir cierto gusto exhibicionista con toques de presunción) en ocasiones excesiva. Quedan, en todo caso, en la línea del horizonte, algunos de los loables objetivos enunciados por su autor: el repudio de la guerra, la justicia universal o el combate contra las dictaduras y los aspectos más degradantes de la globalización.

Así pues, partiendo de las batallas acerca de la memoria histórica reciente en ámbito español, hemos ampliado el campo hasta llegar a los verdaderos orígenes comunes de esa recuperación, en España como en Alemania, en Ruanda como en la República Sudafricana, en Corea como en Vietnam. Se trata, parece obvio, de un aspecto más de la globalización directamente ligado al potencial de horror alcanzado durante el siglo XX, verdadera concentración de crímenes contra la humanidad y de las innumerables reflexiones generadas por esas mismas masacres. A ese respecto, no querríamos concluir el presente epígrafe sin dar breve cuenta de una de las puntas de dicha reflexión en ámbito hispano. Nos estamos refiriendo a *La herencia del olvido. Ensayos en torno a la razón compasiva* (Madrid, Errata Naturae), del pensador Reyes Mates, vencedor a la postre del Premio Nacional de Ensayo en su edición de 2009. Aunque, como reza el subtítulo, se trata de un conjunto de ensayos enmarcados por un prólogo, nos hallamos ante un trabajo a un tiempo compacto y variado, una trama de reflexiones e interpretaciones que se entrecruzan y entrecruzan de continuo. Es difícil dar cuenta en pocas líneas de un texto tan denso donde se mixturán los referentes judíos del *Neues Denken* y sus epígonos, con Walter Benjamin como verdadero corazón de las propuestas de Reyes, pero sin olvidar la presencia de Theodor W. Adorno, Franz Rosenzweig, Kafka, Hermann Cohen, Jacob Taubes, Paul Celan o Giorgio Agamben. El objetivo principal de Reyes es seguir pensando (en castellano) en un mundo atrapado entre los horrores generados por el racionalismo occidental (constitutivos del mismo y no excepcionales), impasible ante los costes del progreso, y la renuncia a la universalidad propia del relativismo posmoderno. De ahí surge esa apelación a la *razón compasiva*, la razón de los vencidos (como rezaba el título de otro de los libros del autor), ya sean las víctimas de Auschwitz o de los diferentes genocidios de la historia, empezando por la conquista de América. Una compasión que pasa, a su vez, por la interiorización constante de la injusticia y del sufrimiento de cada ser humano en cada segundo (porque en palabras de Benjamin, cada momento es una pequeña puerta por donde podría entrar el Mesías). Algo que sólo el recurso al testimonio y a la memoria puede garantizar, como se afirma en el séptimo de los ensayos incluidos en el volumen, centrado precisamente en las relaciones entre memoria e historia y de obligada lectura en los tiempos que corren. Si el siniestro Heidegger se atrevió a proclamar que sólo era posible pensar en griego o en alemán, Reyes Mates demuestra muy a las claras lo errado de tal aserto. Puede que el lector no comparta todas sus tesis sobre el antisemitismo o que considere parcial la refundación del pensamiento recurriendo casi exclusivamente a la tradición judía; es posible que

ideas como el necesario hermanamiento entre teología y filosofía, entre mesianismo y política, o la vigencia de un sentido apocalíptico y paulino de la historia nos hagan levantar las cejas a muchos, pero merece la pena el esfuerzo de seguir leyendo las profundas pero claras páginas del autor sin miedo a poder encontrar en ellas estímulos para seguir alimentando una discrepancia tan prolífica.

En última instancia, la concepción de una comunidad filosófica paniberista defendida por Reyes adolece de algunos de los defectos señalados por Gustavo Guerrero a propósito de la doctrina de la Hispanidad y sus avatares contemporáneos, sustituyendo esta vez el despectivo paternalismo por la culpa y la mística. El talón de Aquiles de estas concepciones sigue siendo el intento obsesivo por superar la idea de *nación* como algo caduco, ridículo e insensato. Dicha actitud adopta en ocasiones la forma de un *criptonacionalismo* o de un *nacionalismo banal* (en certera expresión de Michael Billig) que se ignoran a sí mismos, algo bien visible en muchas posiciones y reflexiones sobre España, su historia y su presente. Limitándonos ya al contexto ibérico, los epígonos de Mallada, Unamuno u Ortega (y desgraciadamente, también los de Maeztu y Giménez Caballero) gozan de una salud de hierro, si bien encuentran dura competencia en los nietos de Sabino Arana, Francesc Macià o Manuel Murguía. Es cierto que la vulgata posmoderna y globalizadora se obstina en vender la idea de la nación (¿la de los otros, quizá?) como concepto periclitado, pero a día de hoy dicho concepto y su plasmación material y simbólica sigue siendo la base de la geopolítica mundial y hace correr aún ríos de tinta. Concluiremos esta panorámica repasando las procelosas páginas de esa corriente de ideas.

5. EL ROLLO QUE NO CESA O LOS PLACERES DE LA IMAGINACIÓN

Si al referirnos a las luchas simbólicas en torno a la reciente memoria política y nacional hicimos hincapié en algunas efemérides significativas, no nos será posible empezar esta sección sin aludir a la celebración en 2008 del segundo centenario de la Guerra de la Independencia (Guerra Peninsular o Guerra de España, para otros), sin lugar a dudas el punto de partida simbólico del nacionalismo español a lo largo del siglo XIX, tanto en sus vertientes reaccionarias como liberales, origen ambas de las inmarcesibles y por tanto aún vigentes dos Españas. Si a ello sumamos la existencia de otros nacionalismos en el seno del actual Estado español y la persistencia de disputas simbólicas por el control y la gestión de los imaginarios políticos, obtendremos una situación a todas luces complicada y conflictiva.

Como era de esperar, el bicentenario de la guerra napoleónica trajo consigo una miríada de conmemoraciones, exposiciones, homenajes e iniciativas editoriales, las más de las veces poco inocentes. Basta echar una ojeada a algunas de ellas (entre decenas) para entender a qué nos referíamos cuando hablábamos de luchas encarnizadas para obtener la capacidad de dar nombre y forma a los fantasmas

y proyecciones de la identidad. La tipología textual es variada y va desde el libro de divulgación honesto a la monografía histórica rigurosa aunque oportunista, sin olvidar la propaganda política más burda al servicio del presente. Así, en *1808. Guerra y revolución* (S.I., Ediciones del Laberinto), de J. Gregorio Torralba, su autor proporciona una visión de conjunto manualística, sucinta pero equilibrada, del conflicto y del contexto económico, social, político e intelectual circunstante, sin dar pábulo a los numerosos mitos que pueblan el imaginario nacional-popular relativo a los sucesos de 1808 y sus consecuencias pero sin omitir ninguno de los puntos clave de los mismos. El resultado es un libro ameno y claro en el que queda patente la importancia de la Guerra de 1808 tanto desde un punto de vista nacional como internacional, su radical carácter *moderno* (surgimiento de la guerra de guerrillas, importancia de la propaganda o guerra de ideas) y su influencia nefasta en la futura historia de España: dificultades para la instauración del liberalismo, persistencia del Antiguo Régimen y consiguiente retraso en los procesos de industrialización y reforma agraria. A ello habría que añadir la construcción, a partir de entonces y por obra de la historiografía nacionalista española, de una serie de mitos y lugares comunes que podríamos denominar, bajo el ala conjunta de José Álvarez Junco y Eric Hobsbawm, *la invención de la Guerra de la Independencia*.

Esa mitología nacionalista es precisamente objeto de disección en el excelente trabajo del historiador Ricardo García Cárcel titulado *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la guerra de la Independencia* (Madrid, Temas de Hoy). Por sus informadas páginas van desfilando y siendo deconstruidas y objetivadas, en efecto, las personificaciones individuales o colectivas de los protagonistas del conflicto. Todo ello según una doble lógica: por un lado, en clave hagiográfica (Wellington como *deus ex machina* de la historia, Fernando VII como mártir y futuro salvador, el pueblo español como insurgente espontáneo y patriótico, guerrillero nato y heredero de la estrenuidad numantina); por el otro, con lente demonizadora, en un proceso de *megalosia imaginativa* al que se refería hace ya casi un siglo Julián Juderías a propósito de la leyenda negra española encarnada en la figura de Felipe II (en este caso, la imagen xenófoba de Napoleón, José I y los franceses en bloque, Godoy en el papel de Judas y villano o los intelectuales afrancesados como semilla de la Anti-España). Ese sucesivo destripamiento y enumeración de los mitemas nos lleva hasta el ecuador del libro. A partir de ahí, los dos últimos y densos capítulos se resuelven en una especie de historia del imaginario liberal español y sus contradicciones, a partir precisamente del metarrelato global basado en la idea de la nación indomable y altiva, dispuesta a defender su esencia primigenia ante cualquier peligro de invasión externa o disolución interna. En esas páginas, de gran interés, el discurso autorial va haciendo patente el cariz presentista de muchas de sus posiciones, mientras el fantasma de la teoría de la *débil nacionalización* (el Estado español como proyecto fallido que

debe dejar paso a nuevos modelos o entes históricos) sobrevuela en todo momento por encima del análisis, diseñado *ad hoc* para rebatir dicha teoría. Sea como fue, el mito de la nación indomable tan bien decrito por García Cárceles ha seguido funcionando de forma ininterrumpida desde la historia romántica oficial hasta el franquismo y sigue vivo y coleando entre los herederos morales de la dictadura, sin ir más lejos.

Paradigma excelso y sonrojante de esa supervivencia es el trabajo de César Vidal *España contra el invasor francés. 1808* (Barcelona, Península), cuyo título es ya buena muestra del imaginario político desentrañado por García Cárceles en su estudio. Se trata de un ensayo pseudohistórico sin acopio de fuentes secundarias, en la línea de la exitosa publicística revisionista de la derecha mediática. A la puntual cita con la xenofobia antifrancesa, el populismo, el integrista religioso o el españolismo intolerante se añade un aspecto menos susceptible de ironías: el por veces soterrado, por veces patente paralelismo establecido entre la Guerra de la Independencia de 1808 y la Guerra Civil de 1936, con la legitimación del golpe de estado franquista como necesidad patriótica y la consiguiente identificación de afrancesados y republicanos (anarquistas, nacionalistas vascos, gallegos y catalanes, liberales, socialistas, socialdemócratas, comunistas...) en tanto en cuanto verdadero cáncer interno de la patria merecedor de ser extirpado. Para ser conceptos obsoletos, la nación y el nacionalismo (también españoles) parecen disimularlo muy bien.

Con el objeto de terminar con estas calas en el inagotable filón del *problema de España*, mencionaremos otras tres publicaciones: dos de ellas se adentran en laberintos identitarios de amplio alcance y en discusiones que parecían ya cerradas, a pesar de adoptar dos estilos muy diferentes, mientras la tercera se inserta en la línea del periodismo sociológico de divulgación.

El volumen *Inexistente Al Andalus. De cómo los intelectuales reinventan el Islam* (Oviedo, Nobel), de Rosa María Rodríguez Magda, mereció el XIV Premio Internacional de Ensayo Jovellanos por su requisitoria contra el Islam (siempre que no sea español y del pasado). Objetivo celado bajo el intento de desmitologizar lugares comunes (de hecho existentes) y que conforma su decidida contribución a la teoría del choque de civilizaciones y a la recristianización de España. Un libro ciertamente extraño, que resucita las teorías de Francisco Javier Simonet y Claudio Sánchez Albornoz y mezcla posiciones islamófobas de corte feminista, defensas a ultranza de la razón universalizante occidental (esa misma tan bien descrita por Reyes Mates), noventayochismo casticista y materiales de derribo del pensamiento reaccionario europeo y español donde el progresismo, la intelectualidad y los defensores de lo políticamente correcto (acomunados bajo el marbete de *araboizquierdismo*) aparecen como el caballo de Troya del integrista musulmán. Un episodio más de sublimación *sin complejos* de lo que Pascal Bruckner llamó hace unos años el masoquismo occidental y sus ejercicios de penitencia

autoinculpatoria. Una nueva denuncia de lo que Ian Buruma y Avishai Margalit denominaron *occidentalismo*, en clara alusión al *orientalismo* de Edward Said. Si la primera parte del ensayo, centrada en la construcción de una visión mítica de Al Ándalus por parte de historiadores e intelectuales como Blas Infante (convivencia idílica, ambiente cultural iluminado, foco de transmisión de la cultura clásica griega, tolerancia jurídica, respeto de los derechos humanos...), reviste cierto interés, los capítulos dedicados a los derechos humanos (occidente vs. islam), al velo o al terrorismo ponen en un segundo plano las consideraciones filosóficas e históricas en beneficio de la pura intervención en el presente y de proyectos políticos concretos.

No se le puede atribuir sin duda tal relación con el presente a *Ser y poder ser de España* (Zaragoza, Mira), de Antonio Fernández Benayas, un ensayo como mínimo sorprendente en la línea de las historias espirituales de España tan en boga en su día. Con capítulos titulados «Leyenda sobre el ser de los antiguos españoles», «Hambre de absoluto desde Atapuerca», «España y sus hermanas de América» o «El fundamentalismo material-idealista», el texto va desgranando hipótesis tan peregrinas como que España es la cuna de la civilización universal, que el hombre primitivo (y español) era monoteísta o que en la Hispania visigoda el cristianismo permitió la universalización de las libertades públicas. El lector de cierta edad podrá recordar su infancia escolar al encontrar en esta joya detalles ya olvidados como una entrañable *laus Hispaniae* digna de San Isidoro de Sevilla, defensas sin ambages del *modus operandi* propio de la conquista española de América frente al pérfido colonialismo inglés o visiones e identificaciones del ser de España con el cristianismo místico frente a las corrientes extranjerizantes importadas por dinastías extranjeras y por el socialismo científico. Entre el delirio y el éxtasis.

Por su parte, *España, ombligo del mundo* (Madrid, Foca), de la periodista Rosa María Artal, se presenta como una especie de libro de autoayuda nacional en tiempos de crisis en el que se mezclan una sociología *amateur* de la vida cotidiana (Amando de Miguel *docet*) basada en datos y encuestas y una inyección de autoestima destinada a la izquierda moderada y al electorado centrista, con el trasfondo de los más manidos tópicos acerca de España y los españoles (la simpatía y la hospitalidad, las chapuzas...). El lector indeciso y falto de ocio haría bien en empezar a eliminar lecturas por aquí.

Tampoco nosotros vamos sobrados ya de tiempo y de espacio, por lo que concluiremos la presente panorámica sin abandonar los territorios de la nación simbólica, si bien nos desplazaremos desde España a otras naciones sin Estado y en el Estado, para constatar de nuevo lo desacertado (por yerro o por interés) que resulta dar a la cuestión nacional por muerta o superada, tanto en la Península Ibérica como en Europa y otras regiones del globo. Resultado de esa pervivencia son dos volúmenes de similares características aparecidos por iniciativa de la misma

editorial: *Otra idea de Cataluña*, del político y escritor Ignasi Riera, y *Otra idea de Galicia*, del periodista y también escritor Miguel Anxo Murado (Barcelona, Debate). Los dos títulos responden al mismo estímulo (dar una visión sucinta de Cataluña y Galicia en sus aspectos materiales y simbólicos) y se dirigen al mismo receptor (un lector español, de preferencia procedente de otras partes del Estado y con una serie de ideas preconcebidas sobre los dos países que ambos libros tratan de desmontar o reforzar).

El libro de Riera se configura como una especie de guía turística o viaje ideal estructurado de acuerdo con casi todos los elementos de lo que Anne-Marie Thiesse ha denominado *sistema IKEA de la constitución de las identidades nacionales*: a saber, una historia que sanciona la continuidad con los antepasados venerables, una serie de héroes en quienes se encarnan las virtudes nacionales, una lengua, monumentos culturales, un folklore, un paisaje típico, una mentalidad particular, representaciones y símbolos oficiales y algunas identificaciones pintorescas (costumbres, cocina, animales emblemáticos...). Son dignos de mención una sintomática confusión entre Castilla y España en según que contextos históricos (la necesidad de un referente opositor), una pareja especular Madrid-Barcelona reveladora a su vez de la mentalidad dualista muy propia del catalanismo (todo lo que no es Cataluña es Madrid), un repaso de tópicos anticatalanes considerados privativos y que responden a un contexto socioantropológico mucho más complejo (ya estudiado, entre otros, por Julio Caro Baroja o Emilio Temprano) y, cómo no, la identificación de Cataluña y el F.C. Barcelona, no sé con qué efectos entre los hinchas del Espanyol, relegados de oficio a la condición de catalanes de segunda categoría. Fuera de bromas, se trata de un libro bienintencionado y con voluntad de encuentro que tiene el mérito de presentar ante el lector una visión (discutible, como todas) de una entidad histórica tan compleja e interesante como Cataluña haciendo hincapié en su carácter compuesto, su naturaleza de tierra de paso y su constante hibridación social, sin renunciar por ello a los signos propios de una identidad en marcha, más allá de los acomodos políticos que la historia pueda depararle.

Por su parte, la versión de Galicia propuesta por Murado aparece plasmada en una escritura digna de elogio que hace gala de una retranscripción notable y tópicamente gallega (aspectos visibles asimismo en su *Fin de século en Palestina*, editado en Vigo por la Editorial Galaxia también en 2008, un libro escrito en gallego que narra con nostalgia y algo de tristeza los cinco años pasados por el autor en Israel y Palestina y que en su ironía desencantada remite por momentos a la serie de comics de Joe Sacco titulada *Palestine*). Respecto al libro de Riera, Murado parte con la desventaja del escaso capital simbólico de Galicia en el imaginario hispánico, si exceptuamos cuatro estereotipos explotados aún a día de hoy por algunos políticos como Rosa Díez y que no hacen sino reflejar el paternalismo dominante en la visión de Galicia por parte de muchos no gallegos (una especie de

efecto mascota característico de la mirada centralista y no sólo). Aconsejamos al lector que se deshaga de esos lugares comunes y entre en estas páginas escritas con conocimiento y cuidado, de la mano del mapa del geógrafo Domingo Fontán y recorriendo en su camino la particular naturaleza e historia del paisaje gallego, la rica historia de Galicia (negada o transformada en apéndice transparente), las fuentes del celtismo cultural, el desarrollo del poco conocido nacionalismo gallego (con figuras señeras como Murguía, Otero Pedrayo, Risco o Castelao), la presencia del mar, el fascinante y terrible destino de la diáspora emigrante (un mundo aparte), la lengua y la literatura gallegas, lo infundado del mito del atraso gallego y, sobre todo, la capacidad de Murado para indagar en los puntos en apariencia más diversos o poco significativos y enlazarlos a continuación casi sin esfuerzo en una filigrana cautivadora de ese país solitario, ensimismado y a un tiempo abierto que mira hacia otra parte.

Concluye aquí este sesgado, algo atrabiliario y fugaz recorrido por el ensayo y la *literatura de pensamiento* aparecidos en España durante 2008, en la esperanza de que quienes hayan llegado hasta aquí hayan podido recoger ideas, descubrir afinidades, confirmar aversiones o atesorar nuevos intereses que les ayuden a seguir orientándose en un mundo editorial por momentos caótico y en todo caso inabarcable. Consuélese el lector pensando que se trata sólo de ideas sobre ideas y que la vida está en otra parte. En palabras de Reyes Mates, incluidas en el libro mencionado con anterioridad: «Estamos obligados a seguir pensando, pero ya no en abstracto, sino a partir de la condición humana, esto es, teniendo en cuenta el espacio y el tiempo». Los ensayistas no han hecho más que interpretar el mundo de diversas formas, etc., etc.